

¿ETNOGÉNESIS LONGOBARDA? IDENTIDAD Y DIVERSIDAD EN LA *HISTORIA* *LANGOBARDORUM* DE PABLO DIÁCONO

Jorge R. ESTRELLA

Universidad Nacional de Mar del Plata

El presente trabajo tiene como objetivo discutir las posibilidades de análisis que brinda la historiografía reciente en torno a las llamadas “historias nacionales” —que se gestan en los momentos posteriores a la consolidación de los diversos reinos germánicos en la Antigüedad Tardía o en el alto Medievo—, a partir del estudio, en particular, de la *Historia de los longobardos* de Pablo Diácono. Las ediciones que utilizaremos son las del Instituto de Historia de la Cultura Europea que funcionaba en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata a comienzos de los años ochenta¹ y la recientemente publicada por la Universidad de Cádiz.²

Gerardo Rodríguez resalta la trascendencia que ha tenido la producción de Reinhard Wenskus cuando sostiene que “la historiografía de los últimos cuarenta años ha rescatado la importancia de las diversas producciones textuales en la conformación de identidades ‘nacionales’ y en la ‘invención de las tradiciones’”³. Coincidimos con él y, a partir de estas lecturas, con la necesidad de precisar los alcances de nociones tales como “invención de la tradición”, “creación de criterios identitarios”, “etnogénesis” y “etnicidad”, entre otros.⁴

Si bien pretendemos hacer una nueva lectura, consideramos indispensable tomar ciertos recaudos para contextualizar a su autor, a la totalidad de su obra y, dentro de ella, a esta *Historia*. Es un paso fundamental para marcar rasgos distintivos de la misma que

¹ Hacemos referencia al trabajo de traducción realizado por Carlos Rafael DOMÍNGUEZ y Santiago BAZZANO, basado en “Pauli diaconi Casinensis Historia Langobardorum” editado por G Witz, Hannover, 1878 aparecido en: *Monumenta Germaniae Historica: Scriptores rerum Langobardorum e Italicarum, saec. VI-IV*. Centro de Estudios de la Cultura Europea, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1981. A la misma acompañaba una introducción realizada por mí (en adelante HL).

² Es la *Historia de los longobardos* con introducción y notas de Pedro HERRERA ROLDÁN, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006.

³ En una interesante publicación de cátedra, *Cuadernos Medievales. Cuaderno de Cátedra 1*, “El saber como instrumento de las construcciones identitarias”, UNMdP – UNS, GIEM – GEM, Mar del Plata - Bahía Blanca, 2006, se incorporan tres trabajos que permiten dar, en conjunto, algunos interesantes marcos de análisis para la temática que nos preocupa.

⁴ Timothy REUTER, *Medieval Politics & Modern Mentalities*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006. Sobre el tema que tratamos aquí resulta muy interesante el Capítulo VI titulado “Whose race; whose ethnicity? Recent medievalist discussions of identity” (cuya traducción se puede encontrar en *Cuadernos Medievales. Cuadernos de Cátedra 5*).

permitan evitar comparaciones con otras “historias nacionales” que, por simplistas pueden resultar inconsistentes.

Es muy interesante lo expuesto por A. H. Merrils en lo referido a la relación entre la historia y la geografía en las miradas que los cronistas tardo antiguos y altomedievales presentan en sus obras.⁵ Pablo Díacono afirma que:

“las zonas septentrionales, cuanto más alejadas están del calor del sol y más heladas por el frío de las nieves, son tanto más saludables para el cuerpo humano y más aptas para favorecer la fecundidad de los pueblos; como por el contrario, las regiones meridionales por estar más cerca de la vehemencia del sol, siempre son pródigas en enfermedades y menos aptas para la procreación de los mortales. Por ello sucede que tantos pueblos se originen bajo el polo septentrional, de manera que a toda aquella región desde el Tanais hasta Occidente, aunque allí a cada uno de esos lugares se los denomine con sus propios nombres, no obstante y no sin mérito se la llame con el vocablo general de Germania (...) Muchos pueblos han salido también de esa región, que cría tantos mortales que apenas puede alimentarlos y, que han asolado no sólo la región de Asia, sino sobre todo a Europa, que está contigua a ellos”⁶.

En lo que se refiere a las diversas “historias nacionales” pone su atención en la diferencia existente entre las características de las fuentes con que se cuentan para estudiar cada uno de los casos. Mientras en unos predominan las de carácter económico, en otros lo hacen los aspectos jurídicos o las de características narrativas. Esto explica el por qué determinados historiadores hicieron hincapié en algunos aspectos, y otros, en algunos diferentes.

Asimismo debe ponerse en cuestionamiento la idea de que en tal o cual aspecto de sus historias “son pobres” o que no “se dieron cuenta” de algunas situaciones. Seguramente a ellos les interesaron aspectos que no son los que llamaron la atención en otros momentos.

Nuestro acercamiento a las fuentes sería más objetivo y productivo si entiendiéramos que los autores de la época de la formación de los reinos germánicos se preguntaron cosas diferentes a las que inquietaron a los investigadores posteriores, sobre todo a los de los siglos XIX y XX.⁷

Es por ello que los historiadores abocados al estudio de los siglos IV al IX han revalorizado la importancia de las fuentes de la época como documentación histórica, más allá de “la verdad” transmitida por ellas. En tal sentido rescataron la importancia que estos textos tuvieron en la conformación de identidades y en la “invención de las tradiciones”.

⁵ A. H. MERRILS, *History and Geography in Late Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005. Especialmente en la Introducción “Historys’ other eye”, fundamenta esta novedad y su importancia.

⁶ *HL*, Libro I, 1, p.1.

⁷ Wickham sostiene que hay que comparar elementos singulares ya que caemos en errores si comparamos las sociedades en su conjunto. Las conclusiones a las que se suelen arribar son difusas y poco consistentes. Pone especial énfasis en el método “indiciático” y sugiere “espíar” distintos efectos para luego compararlos. La historia comparada permite ver las particularidades de cada “historia nacional”.

Reflexiones sumamente interesantes pueden hacerse en los diversos casos de las distintas historias nacionales. Para tratar estas temáticas es imprescindible recurrir a la obra de Walter Goffart dedicada a los narradores que se consagraron a las distintas historias bárbaras. Es muy interesante el tratamiento que hace de Jordanes, Gregorio de Tours, Beda y Pablo Diácono.⁸

Desde estos nuevos lugares pueden superarse los enfoques que, en diversos momentos de la historiografía europea, fueron asignando antojadizas implicancias a las “historias nacionales” de los pueblos de la tardo antigüedad o del alto Medievo. Junto a esta obra, considerada ya clásica, han aportado excelente información otros autores que han trabajado en la misma dirección.⁹ Esto nos genera la necesidad de someter las identidades colectivas a un análisis crítico que nos permita cuestionar algunas conclusiones tomadas como evidentes.

En este sentido nos pareció muy interesante recurrir a otros trabajos publicados en *Cuadernos Medievales*, *Cuadernos de Cátedra 1*, “El saber como instrumento de las construcciones identitarias”. Nos referimos a los artículos de los profesores Rubén Bevilacqua y María Luján Díaz Duckwen.¹⁰ De ambos artículos pondremos interés en algunos aspectos que pueden ser de utilidad para nuestra propuesta de análisis de la *Historia de los Longobardos* inserta en el marco de las “historias nacionales”.

El profesor Bevilacqua sostiene que la nacionalidad como tópico histórico ha sido abordada desde la filosofía de la historia, la sociología y la antropología y que no siempre se ha arribado a similares conclusiones debido a la dificultad y complejidad de la temática. En su trabajo analiza y compara lo sostenido por Eric Hobsbawm, Benedict Anderson y Hagen Schulze.¹¹

Nosotros hemos de tomar de cada uno de ellos algunos elementos que posteriormente puedan servirnos de marco de análisis para el caso de Pablo Diácono. En

⁸ Walter GOFFART, *The narrators of Barbarian History (A.D. 550-800)*, Indiana, University of Notre Dame Press, 2005 (1ª edición 1988).

⁹ Podemos mencionar algunos. Nicholas EVERETT, *Literacy in Lombard Italy, c.568-774*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Neil CHRISTIE, *The lombards. The ancient lombards*, Oxford, Blackwell, 1998; A. H. MERRILLS, A.H., *op. cit.*; Chris WICKHAM, “Aristocratic Power in Eighth-Century Lombard Italy”, en Alexander CALLANDER MURRAY (ed.), *After Rome's Fall. Narrators and Sources of Early Medieval History. Essays presented to Walter Goffart*, Toronto, University of Toronto Press, 1998.

¹⁰ El primero de ellos es “Tradición y nacionalismo en las obras de Eric Hobsbawm, Benedict Anderson y Hagen Schulze”, el segundo “La búsqueda de la identidad germánica: Problemáticas en las perspectivas de Walter Goffart y Walter Pohl”.

¹¹ Los textos seleccionados son: Eric HOBBSAWM, “Introducción a la invención de la tradición”, en Eric HOBBSAWM y Terence RANGER (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002; Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, FCE, 2000 y Hagen SCHULZE, *Estado y nación en Europa*, Barcelona, Crítica, 1997.

Hobsbawm nos interesa rescatar lo expuesto acerca de que las tradiciones que semejan o reclaman ser antiguas son, muchas veces nuevas y aún inventadas. Son representaciones recientemente elaboradas que lograron instalarse con suma rapidez en el imaginario colectivo. “Son grupos de prácticas gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de repetición lo cual no implica automáticamente, continuidad con el pasado”.¹²

Según Hobsbawm toda tradición inventada debe contener estos elementos: ser ficticia, estar compuesta por reglas aceptadas abierta o tácitamente, tener naturaleza simbólica o ritual, tener el propósito de lograr la aceptación de determinadas normas o valores de comportamiento, que el método utilizado sea el de la repetición sistemática. Necesita remontarse a un pasado lejano imaginado. A pesar de querer hacer un quiebre con lo anterior procuran vincularse con alguna tradición, ficticia o creada, que le dé continuidad para legitimarse. No toda tradición es necesariamente inventada. Hay tradiciones genuinas en aquellas sociedades que tienen aún vigentes modos de vida antiguos.

Hobsbawm diferencia entre tradición y costumbre. En la primera el pasado establece reglas fijas a través de la repetición. En la segunda no se opone a la innovación y puede carecer de origen histórico. Su justificación sería más técnica que ideológica. Se modifican o abandonan rápidamente para responder a necesidades cambiantes.

La invención de una tradición surge cuando una sociedad debilitada sufre una rápida transformación o destruye estructuras sociales para las que había elaborado viejas tradiciones. Se utilizan viejos materiales para elaborar tradiciones nuevas con nuevos propósitos. Suelen injertarse en las viejas y se surten de materiales acumulados en aquellas (ritual oficial, simbolismo, exhortación moral, religión, pompa, folclore, etc.).

Hobsbawm sostiene además que estas tradiciones inventadas parecen pertenecer a tres tipos superpuestos:

1. las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo (en sociedades reales o inventadas) Esta es, en general, la dominante.
2. las que establecen o legitiman instituciones, estatus o relaciones de autoridad.
3. Las que buscan la socialización. Inculcar creencias o sistemas de valores relacionados con el comportamiento.

Estas dos últimas tienden a lograr sentido de unidad e identificación de una comunidad o institución. Expresarían o simbolizarían a una “nación”.

¹² E. HOBSBAWM, op. cit., p. 8.

Hobsbawm establece una distinción entre las tradiciones reales con prácticas antiguas, que tienen como función establecer fuertes lazos sociales, y las tradiciones ficticias con prácticas y rituales inventados, que son muy vagas y generales (valores como patriotismo, lealtad, deber, etc.) cuya fortaleza reside en el componente sentimental. Las tradiciones inventadas, en lo posible, utilizan la historia como legitimadora de la acción y comienzo de cohesión del grupo.

Por eso Hobsbawm exhorta al historiador de ser consciente de la dimensión de sus actividades. Los que reflejan el mundo moderno y contemporáneo son los más interesados en la “invención de la tradición” y su sentido. Por eso es necesario estudiarla y analizarla.

Benedict Anderson sostiene que el nacionalismo no constituye una ideología y que no tiene más de doscientos años. Se diferencia claramente de las fuertes ideologías de la modernidad tales como el marxismo y el liberalismo.

También exalta a algunos de los grupos “nacionalistas” separatistas actuales que quieren romper con las viejas naciones, aspirando a su propia independencia. El fin del nacionalismo que tanto se pregonaba está muy lejos. La nacionalidad es el valor más universalmente legítimo de nuestro tiempo. “Nación”, “nacionalidad” y “nacionalismo” son términos muy difíciles de definir por la falta de una teoría aceptable para el nacionalismo. Sus teóricos están irritados por tres paradojas:

1. La modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador, ante la antigüedad subjetiva de los nacionalistas.
2. La “universalidad” formal de la nacionalidad como concepto sociocultural frente a la particularidad de sus manifestaciones concretas.
3. El fuerte poder político de los nacionalismos frente a su pobreza e incoherencia filosófica (no ha producido un Hobbes, un Tocqueville, un Marx o un Weber).

Anderson sostiene que hay que tratar el nacionalismo en la misma categoría que el parentesco o la religión. No en las del liberalismo o el fascismo. Es más antropológica. “Una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana”.

Imaginada porque los miembros de una nación no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas aunque en la mente de cada uno viva la imagen de comunión. *Limitada* porque tiene fronteras con otras naciones. *Soberana* porque surge en la época en que la Ilustración y la revolución estaban destruyendo la legitimidad de los reinos dinásticos. Aceptaba el pluralismo religioso y la libertad de las ideas como base de las relaciones

sociales. Ni el liberalismo, ni la ilustración, ni el marxismo ni el fascismo se preocuparon por dar respuesta a los interrogantes existenciales del hombre: la muerte, el destino, el dolor.

El siglo de la Ilustración, del secularismo racionalista, trajo consigo su propia oscuridad moderna, con lo cual lo que se requería entonces era una transformación secular de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en su significado. La idea de “nación” resulta apropiada para ello, dado que presupone un pasado inmemorial proyectándose a un futuro ilimitado: el milagro del nacionalismo convertía el azar en destino.

En la Antigüedad el lenguaje sagrado funcionaba como elemento creador de la comunidad. Se manifestaba por signos, no por sonidos. Todos aquellos que tuvieran acceso a esa lengua escrita se sintieron parte de una comunidad universal. Esto se desvanecerá a fines de la Edad Media. Estas concepciones fueron desapareciendo lentamente por los cambios económicos, los descubrimientos científicos, los cambios sociales y el desarrollo y rapidez de las comunicaciones.

Estos elementos pusieron una cuña entre la cosmología y la historia. Surgió la necesidad de buscar una manera nueva de interacción y búsqueda de sentido entre: comunidad, tiempo y poder.

También fueron claves la unión del capitalismo y el protestantismo que generaron nuevos lectores, entre los que se cuentan los comerciantes y las mujeres. No es menor la incidencia de la utilización de lenguas vernáculas para la administración de diferentes estados por la necesidad de centralización.

Según Anderson se suman tres elementos importantes: un sistema de producción y relaciones productivas: el capitalismo; un cambio tecnológico en las comunicaciones: la imprenta y la facilidad aportada por la diversidad lingüística humana. Esto posibilitó generar y difundir una “comunidad imaginada” que preparó el escenario para la “nación moderna”. Hay una estrecha relación entre nacionalismo y lengua vernácula.

De lo expuesto por Bevilacqua sobre Schulze nos parece necesario resaltar algunos conceptos y definiciones. Por ejemplo la del francés Ernest Renán, de fines del siglo XIX:

“Las naciones son entidades espirituales, comunidades que existen mientras están las mentes y los corazones de las personas, y que se extinguen cuando ya no son pensadas ni deseadas; las naciones se basan en la conciencia nacional. Las naciones se reconocen en una historia común, en una gloria común y en unos sacrificios comunes; debe añadirse que esta historia común corresponde por regla general a una realidad limitada, es generalmente más soñada y construida que real”¹³.

¹³ *Ibidem*, p. 4.

Según Renán la “Comunidad solidaria” desde la investigación sociológica presenta dos grupos: los propios (con sentimiento de pertenencia) y los extraños (los “otros”, los inferiores). Los “propios”, “nosotros” tienen sus: normas de comportamiento, la identificación con símbolos, la necesidad de remontarse a sus orígenes, la necesidad de inventar su historia.

Desde la Revolución francesa hasta la Primera Guerra Mundial el “sentido” de nación tiene cambios fundamentales. Pasó de ser un tema de pocas personas a un sentimiento de masas. El estado absolutista resultó incapaz de interpretar estas inquietudes. Los sistemas democráticos lo hicieron factible ya que estaban todos incluidos.

En Alemania, la unidad nacional es una comunidad de intelectuales. Herder vinculó “pueblo” y “nación”. No hizo hincapié en lo político sino en la lengua y en la poesía. Se inscribe en las corrientes románticas de su tiempo. Se produjeron relatos históricos con mezcla de relatos mitológicos. “Las historias nacionales fueron construidas más que reconstruidas”.

Los tres autores coinciden en que el concepto de “nación” es reciente (siglo XVIII) y que los países buscan tener un pasado remoto. Sin embargo difieren en algunos aspectos del tratamiento de la problemática.

Eric Hobsbawm resalta las tradiciones ficticias inventadas en tiempos cercanos. Con el propósito de legitimar ciertos valores y lograr cohesión en el grupo. La “invención de la tradición” legitima y da sentido a la “nacionalidad”.

Benedict Anderson sostiene que el “nacionalismo” no es una ideología. Es un proceso espontáneo de fines del siglo XVIII favorecido por la declinación del latín (como lengua literaria y científica), la crisis en la concepción religiosa y la desaparición de los absolutismos monárquicos.

Hagen Schulze afirma que el concepto de “nación” es muy antiguo; anterior al de “estado”. Significaba lugar de nacimiento o agrupación determinada (tribus germánicas). También se aplicaba a un estamento: nobleza, iglesia, burguesía.

Según Bevilacqua los tres autores tratados coinciden en que junto con el idioma fue necesario construir una historia nacional que diera cohesión a los hijos de un país. Afirma que el nacionalismo tiene un fuerte componente emocional para la “invención de la tradición”, para su éxito y perdurabilidad. Se legitima un orden socioeconómico y político establecido.

Otro trabajo que seguramente nos es de utilidad para las nuevas lecturas propuestas es el ya citado de la profesora María Luján Díaz Duckwen sobre la búsqueda de la identidad germánica. En su trabajo seleccionó dos autores considerados esenciales: Walter Goffart y Walter Pohl.

En el primero de ellos lo que le ha preocupado son dos interrogantes: ¿En qué medida los pueblos antiguos estuvieron en contacto con memorias o tierras remotas? y ¿Qué relación hubo entre la migración en la época germánica y el pasado remoto de las comunidades migrantes?

En el segundo autor se interesa por la situación del concepto de “etnicidad” y sus avances, y la búsqueda de un modelo alternativo que se adecue mejor a las investigaciones actuales. Dice Díaz Duckwen que alrededor de 1961 Reinhard Wenskus utiliza por primera vez “Etnogénesis” proponiendo un quiebre al anterior paradigma de “Etnicidad”, al que considera biologicista e inmutable, que estaba instalado desde 1945. Este nuevo concepto afirma que un pequeño grupo humano (“núcleo de tradición”) conservó y transmitió tradiciones étnicas que confirieron identidad a una gran población.

Centra su atención en la acción de fusionarse un pueblo dentro de otro y en que familias antiguas transfirieron sus conexiones con su pasado cercano y remoto con la intención de identificar a este grupo humano mayor con sus características ancestrales.

El concepto de etnogénesis puede ser de utilidad aplicado al caso de la *Historia de los Longobardos*, dado que habrían conservado el nombre tribal antiguo, en buena medida gracias a un procedimiento oral; lo que permitió la convivencia de un grupo heterogéneo de acuerdo con determinadas normas y valores y constituyeron una verdadera comunidad étnica, que fusionó elementos provenientes de variadas tradiciones:

“es cierto que los Longobardos, habiendo sido llamados anteriormente Winilos, posteriormente se llamaron con ese nombre por lo largo de sus barbas no tocadas por la navaja. Pues, según su lengua, ‘lang’, significa larga, ‘bart’, barba. Wotan, al que llaman Godan cambiándole una letra, es el mismo que entre los romanos se llama Mercurio y es adorado como dios por todos los pueblos germanos; el cual, se dice, habitó, no últimamente sino mucho tiempo atrás, en Grecia y no en Germania”¹⁴.

Esto permite entender los procesos acaecidos durante la Antigüedad Tardía y la Temprana Edad Media. Resultan de interés los estudios realizados por Herwig Wolfram en relación a los godos.

¹⁴ HL, Libro I, 9, p.6.

La dinastía Amal vino atravesando el Báltico hacia el continente en dirección al Mar Negro. Wenskus y Wolfram sostienen que mantuvieron la memoria étnica intacta durante muchas generaciones y se transmitió sin modificaciones convirtiéndose en el pasado remoto de las tribus godas.

En 1937 Otto Hofler sostuvo la raíz alemana de los reinos medievales. Wenskus retomó esta idea. Sin embargo Wolfram subrayó los cimientos romanos. De todos modos a mediados de los cuarenta era aceptada la tradición germánica, que se explicaba por el peso de los elementos germanófilos de la historiografía nacionalista alemana del siglo XIX. La aceptación del nacionalismo y del paradigma biológico todavía puede verse en algunos trabajos actuales.

Es necesario, desde el concepto de “etnicidad”, analizar el problema de la identidad étnica que poseían los pueblos germanos. ¿Es posible encontrarlo en las fuentes? ¿Se encuentran partes sueltas? Es a nosotros a quienes nos interesa este aspecto, no a los escritores de la tardía Antigüedad o del temprano Medievo. Esto se demuestra en la exaltación que Pablo Diácono realiza de diferentes personajes históricos: Justiniano,¹⁵ san Benito,¹⁶ el papa Gregorio.¹⁷

Goffart no utiliza el término. Pohl lo utiliza sin definirlo. Ni uno ni otros se muestran contrarios al modelo de etnicidad pero hacen acotaciones y reformulan ciertos aspectos.

Hay diversos cuestionamientos a la teoría de la “etnogénesis”: tiene un momento preciso de iniciación del proceso y parece estabilizarse cuando la fusión se ha realizado. Se establecen categorías estáticas para una realidad dinámica y muy compleja.

Goffart no cree en la presencia de un pasado remoto entre los germanos primitivos. Sostiene que las fuentes no muestran muchas de las afirmaciones que suelen aceptarse. Es absurdo buscar un “hogar original” común. Buscar puntos de partida y rutas de migraciones es muy difícil (A veces hay interpretaciones forzadas y utilización de “inverosímiles recursos” para sostenerlo). A veces la arqueología cae en esos mismos errores, impidiendo clarificar estos aspectos.

¹⁵ HL, Libro I, 25, p.16: “En esta época gobernaba felizmente el Imperio romano, el emperador Justiniano augusto. Él no sólo llevó a cabo con éxito guerras, sino también fue digno de admiración en asuntos civiles (...) el mismo príncipe también erigió dentro de la ciudad de Constantinopla, un templo, que en griego se denomina Agia Sophia, esto es Santa Sabiduría, a Cristo, el Señor que es la sabiduría de Dios Padre (...) pues este príncipe era católico por su fe, recto en su obrar, justo en sus juicios; y por ello todo le sucedía para su bien”.

¹⁶ HL, Libro I, 26, p.17: “brilló por los inmensos méritos de su vida y por sus virtudes apostólicas”.

¹⁷ HL, Libro IV, 5, p.72: “el ilustrísimo y muy bienaventurado Gregorio, papa de Roma”.

Otro de los problemas que se plantean es si hubo un pasado remoto para recordar por parte de estos pueblos. Wenskus sostiene que hubo familias aristocráticas que traspasaron contenidos del pasado remoto y dieron continuidad de algunos caracteres germánicos que él hallaba en los reinos postromanos. Wolfram considera que se encuentra presente el pasado remoto godo en la base de la formación de las tribus. Goffart critica lo anterior. Sostiene que si hoy la memoria colectiva no dura más de tres generaciones, en la Edad Media no alcanzaba más de cincuenta años.

El pasado reciente forma parte de la vida de las personas. El pasado remoto tiene objetivos diferentes. Es enseñado deliberadamente o adoptado. Hay intencionalidad: “Los franceses pueden elegir descender de los galo-celtas, de los francos o de ninguno de ellos”.

Es una tradición inventada; con recuerdos y olvidos intencionados. Los líderes sociales crean nuestro presente con una determinada perspectiva del pasado. Con estos planteos: se caería en la idea de continuidad de la historia de los pueblos germánicos. Se aceptarla su “etnicidad” inmutable.

W. Pohl sostiene que el pasado pudo sortear diferentes problemáticas y transmitirse. (Por ejemplo: crisis de las fronteras del Imperio romano; años turbulentos de su ingreso al mismo; dificultades generadas por su instalación).

Lo que a nosotros nos interesa es si efectivamente hay datos en las fuentes. Sobre esto también hay polémica entre los autores. Las historias son confeccionadas con pequeñas piezas sueltas. En algunos casos se las considera literatura ficcional. No es válido desecharlas porque no sean un conjunto acabado.

Se puede, según la visión de los historiadores actuales, sostener que lo relatado no es verdad. Pero no que quien lo escribió estaba inserto en ese contexto y lo “vio” así. No escribieron detrás de un cristal.

Es difícil coincidir con Goffart que les saca todo el valor histórico y les asigna sólo valor literario.¹⁸ W. Pohl sostiene que la transmisión no necesitó de un núcleo humano inicial (sólido, inmutable). Considera que hubo un juego de grupos o “redes” envueltos en “prácticas étnicas”. Los elementos que leemos en los escritos son aquellos que consideraron importantes para ser transmitidos. Reconoce las dificultades de la memoria para recordar más allá de tres generaciones pero recurriendo a la antropología cultural considera que el olvido total sería imposible. La gente recuerda aunque tal vez no como realmente sucedió.

¹⁸ GOFFART, op. cit., p. 428 sostiene que Pablo Diácono no hace inviolable el pasado histórico, que lo adecua a las demandas de su audiencia.

Muchos pueblos son recogidos en las fuentes bajo el nombre de godos. Tal vez porque los romanos llamaron así a una heterogeneidad de “extranjeros” o “bárbaros”. Muchos se asentaron en territorio romano durante la Antigüedad Tardía. Necesitaron de “tradiciones inventadas” y “circulación de mitos germanos” para ubicarse en esos nuevos territorios. Esto no significa que hayan tenido unidad étnica. Las fuentes no exponen datos concretos de “etnicidad”. Sus autores no se lo proponen. Esto es una actitud generada por historiadores muy posteriores.

Goffart y Pohl sostienen que los pueblos que ingresaron hacía mucho más de cien años que estaban instalados (sedentarios) en las zonas fronterizas del Imperio, por lo que su recuerdo sería que eran residentes permanentes de esas tierras. Desde estos planteos de tipo general podemos acercarnos ahora al caso concreto que nos ocupa, el de los longobardos en Italia.

Para esta tarea hemos considerado fundamentales los aportes realizados por Hugo Zurutuza y Horacio Botalla en el trabajo sobre *Las raíces de Europa entre Antigüedad y Altomedioevo*.¹⁹ Este trabajo resulta clave, no sólo por los planteos realizados por sus autores, sino por los trabajos que ellos analizan en dicho artículo. Nos parece de suma utilidad para generar nuevas miradas sobre la obra de Pablo Diácono.

En su Introducción los autores se propusieron reflexionar sobre trabajos del historiador Stefano Gasparri y de los arqueólogos Cristina La Rocca y G.P. Brogiolo. Mediante los aportes realizados por los mismos se analizan las representaciones generadas y hoy revisadas sobre aspectos tales como el papel desempeñado por los longobardos en la constitución de la identidad italiana, su interacción con los sustratos romanos y las diversas aportaciones bárbaras y posteriores presencias, como la bizantina.²⁰

Consideran que ha sido poco estudiado el período comprendido entre la crisis del Imperio y la irrupción carolingia. Esta Italia “bárbara” no llegó a identificarse con los *dark ages* pero sufrió su influjo.²¹ A partir de la reconquista parcial y momentánea de Justiniano se abre un período que no podía signarse como “gran época” pero sí como “menos oscuro” de lo que puede valorarse *a priori*, pero subvalorado. No obstante no se lo ha conformado como un fenómeno comparable al “visigodismo” español con su perfil de uniformidad nacionalista. Tal

¹⁹ Hugo ZURUTUZA y Horacio BOTALLA (eds.), *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, Vol. 37-38, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua y Medieval, Buenos Aires, 2004-2005.

²⁰ En estos aspectos remitimos también a los autores mencionados en algunas de las citas anteriores, quienes han hecho aportes significativos en algunos de los diversos aspectos a que se hace referencia.

²¹ En este caso, para modificar este preconcepto, nos parece muy pertinente lo expuesto por Nicholas Everet en la obra citada en la que pone de manifiesto la riqueza de la literatura lombarda de los siglos VI al VIII.

vez la expansión imperial de los francos y la “debacle” longobarda les impidieron una mejor fortuna en la posteridad.

Zurutuza y Botalla sostienen que hoy, momento bisagra entre los siglos XX y XXI se estaría produciendo un “renacimiento longobardo”. El mismo estaría sostenido por una relectura de fuentes, por la producción de serios trabajos arqueológicos, por la reconstrucción de paradigmas historiográficos y por un reconocimiento de la deuda carolingia con los longobardos.

Sostienen que dado que los historiadores enfocan sus temas desde el presente, es notorio que el proceso de la materialización de la Unión Europea abrió un renovado diálogo con el pretérito. Se ha avanzado hacia la contrapartida de ecumenismo. Afirman que si Momsem tuvo una visión aglutinadora del Imperio, preocupado por la unificación alemana, hoy se está prestando atención a lo fragmentado, a lo disperso. Los “estados unidos europeos” no serían el “imperio”.

Esta situación generó interés por atender el accionar de fuerzas centrífugas y centrípetas. Los rasgos específicos de cada nación a la vez que los aportes de cada una de ellas a la identidad global. Por otra parte, son valiosos los nuevos aportes y enfoques de la “historia cultural” preocupados por la diversidad y el contraste.

Los estudios que procuraban determinar la identidad de los pueblos a partir de características antropofísicas, horizontes lingüísticos homogéneos o especificidades de sus artefactos culturales fueron conmovidos dando lugar a nuevos campos de análisis, en general, interdisciplinarios. Así se construye el área de estudios “etnogenéticos” que superó enfoques predominantes desde la segunda mitad del siglo XIX. Las nuevas perspectivas incorporan la cultura material, las conductas grupales de accionar político y los mecanismos intersubjetivos de determinación de pertenencia y la identidad.

Según Gasparri los avances en estas direcciones terminan consolidando la concepción de la identidad como elección. Sostiene que en Italia existe una visión totalmente negativa del Altomedioevo. Una idea de Italia “sometida al feroz invasor”, que dejó atrás su ferocidad tras la conversión:

“Por intermedio de esta reina (Teodelinda), también la Iglesia de Dios obtuvo mucho provecho, pues los Longobardos se apoderaron de casi todos los bienes de las iglesias, cuando aún militaban en el error del paganismo. Pero el rey, movido por la súplica saludable de ésta, no sólo adoptó la fe católica sino también repartió pródigamente muchas posesiones a la iglesia de Cristo, y a los

obispos, sumidos en abyecto abatimiento, los restableció en el honor de su acostumbrada dignidad”²².

El único Medioevo que tiene alguna raíz popular en Italia es el de las comunas. El Altomedioevo es un verdadero “agujero negro”. Italia a diferencia de otros estados europeos (Francia, Inglaterra, Alemania) no remite sus raíces al pasado bárbaro. Siempre son mostrados como efímeros, desencadenantes de fuerzas negativas. Después de agotar su “salvaje vitalidad” desaparecían de la historia.

Gasparri se plantea dos interrogantes: ¿quién es quién en la Italia Altomedieval? Y si ¿los longobardos desaparecieron después de la derrota ante los francos (774)? Las fuentes dicen lo contrario: hay masiva presencia de elementos “romanos” y “longobardos” hasta principios del siglo XI. Las dos categorías “romano” y “longobardo”, van unidas ante todo, ante diversos derechos seguidos por diferentes grupos sociales o regionales. Es evidente el poder político-ideológico y no étnico asumido en esta época tardía. Las fuentes (siglos VI, VII, VIII) utilizan categorías políticas y no etnográficas. El otorgar una etiqueta étnica a las personas surge de los historiadores modernos.

No hay que imaginarse a los longobardos (siglos VII–VIII) como un ejército de ocupación, extraño al país invadido, instalado en medio de una población sometida y hostil. Ayudó a sostener esta idea “separatista” el estudio de datos toponímicos (mantenidos hasta los años cincuenta). La idea de fusión entre lombardos y romanos hoy prevalece en la historiografía especializada pero existe una opinión difícil de erradicar.

Desde el 568 hay un proceso —bastante rápido— de acercamiento. Desde el siglo VII los descendientes de los invasores y de los invadidos son indistinguibles ya que tienen la misma lengua, el mismo derecho, los mismos nombres y lugares y la difusión de la religión católica. Hasta los ritos funerarios, con sus ajuares, considerados durante mucho tiempo elementos de diferencia étnica, marcan diversidades sociales, no étnicas.

Los italianos optaron por buscar orígenes “romanos” y no longobardos; del mismo modos que los ingleses optaron por ser “anglosajones” y no britanos (sus primeros pobladores). En esta opción tuvo mucho que ver la desaparición del reino longobardo.

No es cuestión de “rehabilitar” a los longobardos sino de comprender el papel importante que tuvieron para delinear la Italia medieval, que habría sido tan importante como la romana para formar una identidad nacional. Los aportes hechos por la arqueología

²² HL, Libro IV, 6, p.72.

tradicional fueron menores a los esperados en la medida en que en las lecturas arqueológicas hay intención de aplicar criterios étnicos.²³

Hay una pregunta: ¿A qué grupo étnico corresponden determinados sepulcros de la época longobarda? Suele recurrirse a respuestas simplistas: si en la tumba no aparece ajuar, a los latinos; si tienen armas a los lombardos; si hay sólo ornamentos costumbristas, a pobladores autóctonos.

En la actualidad se cuestiona esta postura ya que la identificación de restos como étnicamente longobardos se ha limitado casi a los restos relacionados a las necrópolis con ajuar. No se utilizaron para calificar edificios eclesiásticos, asentamientos fortificados o residencias civiles. Aquí también el término “longobardo” sería creado y utilizado en una perspectiva de identificación y separación étnica, que generaba una diferenciación de status entre vencedores (longobardos) y vencidos (latinos). Esto favoreció el dar por válidas otras oposiciones y dualidades: germanos-romanos; ciudad-campo; cristianismo-paganismo, etc.

Esta controversia fue generada por los juristas del XIX y en ella los italianos actuales no aparecían. En esta “nación” italiana apenas creada se hacía ver la victoria cultural sobre los invasores bárbaros (civilización-barbarie). Muchos arqueólogos de ese momento trataron de hacer interpretaciones que consolaran ante la derrota militar de los latinos/italianos ante la invasión de Alboino (568). En definitiva su cultura habría subyugado a los bárbaros enseñándoles el poder de la escritura; la superioridad de su idioma; el valor de las insignias y los símbolos del poder. Las descripciones de los hallazgos arqueológicos hechas a fines del siglo XIX tendieron a mostrar esa “inconmensurable distancia cultural” entre germanos y latinos. Los hallazgos fueron leídos en clave de encuentro de diferencias.

De acuerdo con lo que les interesaba demostrar redujeron su observación a los sepulcros de hombres armados. Los de las mujeres y sus ricos ajuares (vasos de vidrio, hebillas, collares) no fueron atendidos. Otra de las ideas instaladas que debe ser revistada es la de las “atormentadas relaciones entre el reino longobardo y la Iglesia de Roma”.

En el siglo VIII existen estrechos lazos entre el rey y el pontífice. Hay un complejo juego de poder en el que el rey siempre aceptaba al papa como cabeza de la Iglesia. Tanto que hubo casos en que algunos reyes (Liutprando, Desiderio) incorporaron en sus instrumentos legislativos algunas directivas dadas por el papa.

²³ Cristina La Rocca criticó la repetición de este enfoque en las *Primeras Jornadas de Reflexión Histórica sobre Problemas de la Antigüedad Tardía y Altomedioevo* realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el año 2004.

Gasparri en su *Roma y los longobardos* trata de individualizar las diferentes etapas o grandes fases de estas relaciones incluyéndolas en marcos interpretativos generales. Inicialmente hay que analizar qué se entiende, en los distintos momentos, por “longobardo” y por “Roma”.

A finales del siglo VI y comienzos del siglo VII “lombardo” era una estirpe extraña en un país invadido. Pero no una “unidad racial cerrada” sino un “grupo humano abierto a distintas influencias”. La identidad estaba garantizada por un “núcleo tradicional”; agrupados alrededor de un mando político-militar representado por la nobleza (W. Pohl). En un período posterior (impreciso cronológicamente) hay que hablar de un pueblo abierto a modelos culturales y religiosos de matriz romano-mediterránea en vías de fusión con los romanos de Italia.

A inicios del siglo VIII el término “longobardo” hace referencia a todos los hombres libres del reino y a todos quienes cumplen tareas públicas, judiciales y militares. Se hablaba de “romanos” sólo en las regiones recientemente dominadas por Bizancio. Inclusive los miembros del clero que desde Liutprando podían elegir vivir en sus relaciones privadas bajo la ley longobarda, eran “longobardos”.

Las fuentes papales tienden a uniformar la imagen de la época más antigua con la más reciente. Es una toma de postura ideológica y de propaganda política.²⁴ Del mismo modo hay que tener en cuenta qué significado tuvo en diferentes momentos el término “Roma” para los lombardos. Recordar que el término “romano” (como “Roma”) es uno de los más complejos de la Edad Media. ¿Se entendía “Roma” como ciudad? ¿Cómo papado? ¿Cómo imperio?

La Roma que los lombardos habían conocido en Panonia era la Roma de Oriente, Bizancio. Del mismo modo que la “romanidad política” absorbida por los reyes longobardos mira más a Ravena (bizantina) que a Roma (latina).

En el siglo VIII no todos los duques tuvieron las mismas actitudes hacia Roma. Los historiadores ponen atención en este siglo porque hay mayor número y riqueza de fuentes. Para Gasparri deben distinguirse diversos momentos en las relaciones longobardos/papado. En el siglo VI el impacto inicial totalmente belicoso exaltaba la búsqueda de botín. Para los romanos eran una estirpe bárbara, no digna de mención. En el siglo VII se da lo que puede considerarse una fase “misionera” de las relaciones romano-longobardas, seguramente exagerada por la historiografía tradicional y basada en el “Liber Pontificalis” donde los

²⁴ Gasparri sostiene que si se afirma que las relaciones de los longobardos con el papado fue siempre de neta repulsa se cae en un error causado porque se suele hacer el análisis a la luz del resultado final.

lombardos casi desaparecen entre el 626 y 670. En el siglo VIII se da lo que puede denominarse la fase “política”. Se hace referencia a la difícil organización previa y a los conflictos internos. Mientras los lombardos luchan entre sí, el papado tiene conflictos con Bizancio. Los objetivos privilegiados por ambos contendientes eran divergentes.

Así como en el siglo VI hay pocas fuentes, en el VIII hay dos fundamentales: *La Historia de los Longobardos* y el *Liber Pontificalis*. Los hechos de la crisis italiana hay que leerlos en su contexto preciso: “continua mutación”. Cristina La Rocca sostiene que, en lo arqueológico no se han superado las viejas controversias en lo referido a las transformaciones urbanas entre la Antigüedad y el Altomedioevo: ¿continuidad/discontinuidad? ¿Renacimiento? ¿Transformación?

El análisis y el debate sobre la ciudad altomedieval no han variado pese a los nuevos datos obtenidos, porque no se profundizaron temáticas nuevas ni se han intensificado las relaciones entre los especialistas de la “ciudad material”, de los arqueólogos, y la “ciudad social”, de los historiadores.

Las ciudades de esos períodos también hay que contextualizarlas en un proceso de “continua y a veces contradictoria mutación”. La antinomia “civitas” Roma (ciudad) y las demás “no ciudad”, hay que inscribirla en el marco interpretativo que muestra la Alta Edad Media en Italia, como un momento en que las libertades nacionales habrían sido primero limitadas y luego suprimidas por los “invasores bárbaros”. La Rocca considera que los arqueólogos, de algún modo, se “sometieron” a esta y otras relaciones “binarias” instaladas.

Del mismo modo se establecen caracteres de separación étnica en el espacio interior. Ciudad de dominadores y dominados. Ciudad usurpada, ruralizada, cristianizada, militarizada, etc. Estudios arqueológicos posteriores a 1970 presentan nuevas evidencias que prueban una evolución paralela de territorios (longobardos y bizantinos). Perduración de arquitectura monumental con construcciones civiles y cultura material simple. Fragmentación política pero también características comunes. Impacto de los conflictos político-militares en la jerarquización de los centros de poder en los siglos V y VI (Civiale, Spoleto, Benevento). También que los procesos de transformación de los centros habitables comenzaron antes de la llegada de los longobardos.

En lo que hace a nuestra preocupación específica debemos concluir que debemos tener en cuenta el valor de la información brindada por las fuentes; diálogo entre los textos narrativos y los hallazgos arqueológicos; contextualizar los textos historiográficos; reconocer la capacidad de imaginar nuevas preguntas y caminos de investigación; rever las miradas prejuiciosas con que se ha tratado este período, en general desvalorizado.

Es en función de estas miradas que nos permitimos parafrasear a D. Balestracci quien, refiriéndose al tema de la ciudad sostenía que podían hacerse “nuevos enfoques de los viejos temas” y recordar a Guiseppe Sergi quien manifiesta enérgicamente la necesidad de “romper con los prejuicios”. Seguramente desde esta actitud y desde estas nuevas perspectivas será sumamente valioso recurrir y releer la *Historia de los longobardos* de Pablo Diácono, que es lo que nos proponemos.

Inicialmente presentaremos una apretada síntesis biográfica del autor para entender tanto su formación como las diferentes posturas tomadas a lo largo de su vida, en cierto modo tan inestable y cambiante como la historia de la propia península itálica.²⁵ Partiendo desde esta advertencia y lo propuesto en los marcos teóricos anteriormente planteados intentaremos buscar sus semejanzas y diferencias con obras tales como las de Jordanes, Gregorio de Tours o Beda, entre otros. Seguidamente haremos un recorrido por su obra, en general, para centrar luego nuestra atención en la *Historia de los longobardos*.²⁶

Pese a lo incierto que resultan sus datos biográficos podemos ubicar su nacimiento en Cividale de Friul entre los años 720 y 730. Otro dato de interés es el modo en que tratan de probarse sus relaciones familiares con el rey Alboino. Del mismo modo observamos con atención su formación en la Corte de Ratquis, donde adquirió importantes conocimientos en letras latinas y tal vez también en griego.

Asimismo, no es un dato menor los aportes que le brindó a su cultura su formación en Pavía entre el 740 y 750. Esto explicaría su actitud de apertura, que le permitía recurrir tanto a autores paganos y como cristianos. Se sabe que en el año 763 Pablo estaba en la corte de Ariquis II de Benevento como preceptor de la princesa Adelperga, hija del rey longobardo Desiderio y esposa del duque de Benevento.

Precisamente parece posible que ante la solicitud de Adelperga decida ampliar el *Breviario* sobre historia romana de Eutropio. Para componer su obra recurre a Orosio, Jordanes, Próspero de Aquitania y otros. La novedad de la misma es que su marco es Italia y no el Imperio. Es de destacar que otra de sus obras de carácter historiográfico importante es su *Poemas sobre las Edades del Mundo*.

²⁵ En dichas jornadas fueron presentadas temáticas puntuales acerca del caso de “Longobardos, romanos y la problemática de la identidad” en interesantes conferencias del Dr. Stefano Gasparri (Universidad CaFoscari-Venezia), la Dra. Cristina La Rocca (Universidad de Padova) y el Dr. Hugo Zurutuza (UBA – UNR). En los aspectos referidos a “El Medioevo hispánico en torno al Reino Asturleonés: otras problemáticas de identidad”, lo hicieron el Dr. Pablo Díaz Martínez (Universidad de Salamanca), el Dr. Carlos Astarita (UBA – CONICET – UNLP) y la Dra. María Estela González de Fauve (UBA)

²⁶ Es muy importante el aporte que realiza sobre la producción de Pablo Diácono la obra, ya citada, de Nicholas Everett.

Probablemente seguía allí cuando en el 774 Carlomagno acabó con el Reino de Pavía. En el año 775 se produjo una rebelión antifrancia en la que participó el hermano de Pablo. Carlomagno tiene una dura respuesta. Ariquis pierde sus bienes y es exiliado en Francia.

Pablo se refugia en Montecassino y allí se habría hecho monje. En la Navidad del año 781 Carlomagno tiene una breve estadía en Roma y Pablo decide interceder ante él por su familia y especialmente por su hermano. Lo hace mediante un poema. Carlomagno no sólo recibe con gusto su presente sino que lo invita a participar como miembro integrante de la *Schola palatina*, lugar que se convirtió en uno de los centros desde donde el rey de los francos llevó adelante la idea de estimular la vida cultural.

Entre las obras producidas allí pueden mencionarse numerosos epitafios y una destacada obra: la “Gesta de los Obispos de Metz”, que tuvo como principal objetivo intentar legitimar la dinastía carolingia. Su estadía en la tierra franca suele ubicarse entre los años 782 y 787. En su regreso a Montecassino produce otras tales como el *Homiliario*, el *Eplítome* y los *Comentarios a la Regla de San Benito*. También su *Vita Beati Gregorii papae* y un *Ars minor*.

Por estos años compone su *Historia Langobardorum*, obra en la que hemos puesto nuestro interés, comenzada en el año 787 o 788 aproximadamente. A pesar de su título, esta obra no pretende ser una “historia nacional” similar a la de otros pueblos germánicos. La situación de la Italia de su tiempo es sumamente particular en tanto se ve sometida a poderosas fuerzas que interactúan y gravitan con distintas intensidades. Basta pensar en el Papado, Bizancio, el reino franco y los habitantes latino/italianos y los propios longobardos con sus reiterados conflictos entre sus duques.

En nuestra lectura hemos recurrido a la conformación de las identidades “nacionales”, a la “invención de la tradición”, a “tradición y nacionalismo” y a la “búsqueda de la identidad germánica”. Este análisis lo hemos contextualizado en lo que serían las raíces de Europa en la Antigüedad Tardía y en el alto Medioevo.

Es muy importante destacar el importante papel desempeñado por los longobardos en la constitución de la identidad italiana para poder superar caprichosas antinomias y afirmaciones que en general son tomadas como válidas y deben ser revisadas. Es en esta situación en que pensamos que las relecturas deben hacerse desde otros lugares, complementando la lectura de fuentes históricas, arqueológicas, y en ellas contextualizar la propia *Historia* de Pablo Diácono.

Nos interesa subrayar los distintos elementos culturales presentes en Italia entre los siglos IV y VIII como complementarios más que como irreconciliables y en conflicto

permanente. Es necesario analizar las situaciones en un marco cronológico y espacial preciso. Esto posibilitará encontrar los aspectos dinámicos, los equilibrios inestables y la realidad permanentemente cambiante que se destaca en estos siglos italianos que durante mucho tiempo fueron muy poco tratados.